



03/Una reflexión en el entorno de los valores de la Orden Hospitalaria

Hno. Miguel Martín Rodrigo

La presente reflexión parte de la vivencia de San Juan de Dios, su carisma y el impacto que supone su propuesta en la sociedad del siglo XVI, para posteriormente iniciar un recorrido en torno de los valores de la Orden Hospitalaria, poniendo el énfasis en la Hospitalidad como un referente de valor y en la espiritualidad como valor intrínseco de todo ser humano.

Palabras clave:

Carisma, Espiritualidad, Hospitalidad, Valores.

This is a reflection on Saint John of God's experience, charisma and the impact that his proposal has on the society of the 16th century. It starts a tour around the values of the Hospitaller Order, with an emphasis on hospitality as a reference value and spirituality as an intrinsic value of every human being.

Keywords:

Charisma, Hospitality, Spirituality, Values.

1/

Introducción.

Se me solicitó desde la Dirección de LABOR HOSPITALARIA una breve reflexión sobre los valores de la Orden Hospitalaria: **“una visión en general; ponle inteligencia y corazón”**. Intentaré responder a la solicitud; y hacerlo sobre todo con el corazón.

Aún moviéndome con relativa soltura en el ámbito de la filosofía, materia que estudié como marco de fondo de mis estudios teológicos, he de confesar que no es precisamente la axiología, o la filosofía de los valores, el área en el que me siento más cómodo. Me pareció, y me sigue pareciendo, un ámbito tan sugerente como complejo. La lectura de **Max Scheler** -especialmente **El puesto del hombre en el cosmos (2004)**-, supuso para mí un momento importante de mi acercamiento al tema. Con posterioridad, y en función de mi formación en ética, he tenido que realizar frecuentes incursiones en el estudio del mismo.

Pero siempre como referencia casi inmediata a la aplicación, en cuanto horizontes de sentido, al análisis de conductas concretas frente a los diferentes planteamientos éticos.

Por mi condición de miembro de la Orden Hospitalaria y, dentro de ella, con una relativa

dedicación a la formación en la identidad y los **“valores de la Orden”**, he tenido otra forma de aproximación más cercana, si cabe expresarlo así, o quizá mejor, **“más desde el corazón”**. Desde un corazón en el que he ido asimilando dichos valores a lo largo de mis años en la institución, podría decir que de modo **“existencial”**, no tanto racional.

Y, ya más tarde, desde un corazón **“marcado por estos valores”** en el que me ha correspondido ser transmisor de los mismos, y no sólo a nivel de la vivencia personal de ellos sino, también, como docente tanto a nivel de la formación de los nuevos Hermanos como de los colaboradores de nuestra Institución.

Así pues, reflexionaré en estas líneas sobre los **“valores de la Orden Hospitalaria”** en una clave de absoluta libertad de estilo, podría decir a modo de sencillo **“ensayo”** en el que intentaré plasmar sobre todo mi lectura y posicionamiento sobre cada uno de ellos.

2/

Del hombre carismático nace la institución.

La Orden Hospitalaria no nace preguntándose qué valores quiere transmitir. Ni siquiera sabe cuáles son tales valores. Nace desde una profunda vivencia personal que Juan de Dios tiene y que le lleva a tomar una opción de vida a favor de sus hermanos enfermos y los más necesitados de la Granada de la segunda mitad del siglo XVI.

Es una vocación que irrumpe en su alma inquieta y un tanto aventurera a la búsqueda del verdadero sentido de su vida. Es una profunda vivencia personal marcada por una experiencia

de Dios que le señala el servicio a estos hermanos suyos como su vocación y destino.

Es la irrupción del hombre carismático que impacta en una sociedad por la radicalidad de su propuesta, por la frescura de su mensaje y por la rotundidad de su compromiso. Es su vida, vivida para los demás por entero, la que va marcando una identidad personal reconocida por sus conciudadanos y una obra apostólica que poco a poco pasa a ser referente de servicio y atención integral a los más castigados por la vida.

Reconocimiento que, no obstante, ha de pasar en determinados momentos por los filtros de valoraciones no siempre positivas, incluso de la propia jerarquía eclesial de su tiempo. Simplemente hay que leer en su biografía determinados pasajes.

Juan de Dios no se propone fundar ninguna institución religiosa. Bastante tiene él con tirar adelante la inmensa empresa en la que se ha metido con la escasez de recursos de los que dispone.

Los caminos de Dios -tantas veces tan distintos de los nuestros- harán que, en circunstancias bien alejadas del objetivo asistencial del santo, aparezcan en su vida las figuras de **Antón Martín** y de **Pedro Velasco**.

No acuden a él cautivados por los **“valores de su empresa”** sino por la grandeza de su persona. Y piden que, desde ella, les arbitre justicia. La justicia se convierte en el descubrimiento de un hombre y una obra que les convoca a implicarse totalmente en ella de por vida.

Serán ellos, junto con el buen colaborador y **“voluntario”** de Juan de Dios, Angulo, y unos cuantos más que paulatinamente se irán incorporando los que darán continuidad a la obra iniciada por el santo.

La obra personal e intransferible de Juan de Dios pasa, poco a poco, a institucionalizarse. El carisma pasa paulatinamente a ser interpreta-

do por sus continuadores que irán poco a poco extendiendo la obra del propio santo en otras ciudades, incluso en otras naciones.

El carisma del **“fundador inconsciente”** va tomando cuerpo en nuevas estructuras. Vanaciendo la institución. Sustentada por los primeros compañeros del santo que lo conocieron bien; más tarde por quienes siguieron a sus compañeros, pero ya no lo conocieron a él; y así, una generación tras otra hasta nuestros días.

“San Juan de Dios no elaboró una exposición formal de lo que es la hospitalidad, sino que la vivió en su propia piel, y solo a partir de su vida es posible intuir su idea de hospitalidad. Su carisma es, ante todo, un carisma de acción y no de contemplación. Su hospitalidad es una hospitalidad itinerante y dinámica, que busca al otro vulnerable y sale a la búsqueda del huésped indigente” (Torralba, 2004, p. 170)

3/

Y la Institución se extiende en el tiempo y en el espacio.

Se ha tejido una historia de muchos años. Una historia de casi cinco siglos. Demasiado tiempo, pensarán unos, para que no se haya ido dejando en tan largo camino gran parte de las señas de identidad vividas por el fundador.

Para otros, la continuidad de la Institución a lo largo de tan largo tiempo tal vez sea garantía de

LH n.309

que, en alguna medida, ha sabido mantener y actualizar en cada momento de esa larga historia el espíritu del mismo. La hermenéutica de la historia siempre suele incorporar lecturas con raigambre subjetiva.

Lo cierto es que hoy, la obra iniciada por Juan de Dios, se ha extendido por todo el mundo. Poco más de un millar de Hermanos que le siguen desde la vida consagrada en lo que la Iglesia ha reconocido como continuadores de su obra; miles de colaboradores y voluntarios, y todavía más miles de simpatizantes y benefactores intentan hacer realidad hoy, en continuidad con la historia, aquella obra que en la Granada de la segunda mitad del siglo XVI naciera desde la **“profunda vivencia personal, humana y espiritual”** que tuvo un hombre que nunca pretendió trascenderse a sí mismo.

Una obra carismática que ha trascendido tanto tiempo, tantos lugares, tantas vicisitudes, que ha tenido momentos de gloria y de gran dificultad, que ha dado santos y beatos a la Iglesia y, como toda obra humana, también ha tenido elementos dolorosos y poco edificantes.

Pero una obra que ha llegado hasta nuestros días, sin duda alguna, una obra que posee valores propios y específicos que le han hecho individualizarse en las diferentes situaciones vividas y que como tal ha sido reconocida.

Es ahora cuando tratamos de reflexionar y analizar con un énfasis especial sobre esos valores que han acompañado a la Institución y que la definen como tal. No es que vayamos a descubrir unos nuevos valores para aplicarlos a la Institución.

Se trata de descubrir cuáles han sido los que han hecho de ella un referente capaz de atravesar la singladura de los tiempos aportando a la sociedad, en cada una de las épocas por las que ha transcurrido, la han dado una identidad que ha sido respetada y valorada y capaz de convocar personas que se han ido adhiriendo a la misma dándole continuidad.

El momento actual de la Institución, ampliamente dimensionada en sus estructuras asistenciales, integrada en las diversas culturas de todos los continentes, presente en un gran número de países con los más variados regímenes políticos, organizaciones sociales y sanitarias; y, a su vez, con un número de hermanos religiosos consagrados en franca minoría y con una proyección de reducción sería de su número a corto y medio plazo, pone sobre la mesa la ineludible propuesta, al tiempo que gran reto, de lo que llamamos la **“transmisión de valores”**.

Existe un consenso tácito muy extendido en la Institución que, hasta prácticamente nuestros días, descansaba en la presencia y la labor de los Hermanos la referencia fundamental del mantenimiento y transmisión de los valores de la Institución.

En una Institución que, desarrollando su misión en el ámbito sanitario y social, pero de raíz religiosa -**“confesionalmente católica”**, afirman sus documentos identitarios- y en la que la propiedad es de una orden religiosa, y en la que hasta hace bien poco en cada uno de sus centros vivía y desempeñaba su misión una comunidad de religiosos, parecía evidente que era sobre éstos en donde recaía fundamentalmente el peso del mantenimiento y transmisión de sus valores.

Hoy ha cambiado sustancialmente el panorama tal como hemos indicado. Los denominados por los documentos de la Orden **“nuestros colaboradores”**, han pasado a ser en gran medida los protagonistas del sostenimiento y gestión de sus centros y de su actividad asistencial.

Los religiosos quedan situados un pequeño grupo de ellos en puestos de alta dirección en los niveles de las Curias respectivas; y el grueso del resto, ubicados en los centros bien en tareas de atención espiritual, en el acompañamiento al voluntariado, o en otro tipo de actividades relacionadas con la tarea asistencial.

Y ello, generalmente, en un número muy pequeño y con una edad elevada. Podemos afir-

Nuestros colaboradores han de ser sujetos activos en la articulación del carisma y los valores de la Familia Hospitalaria

mar que hoy somos los Hermanos quienes **“colaboramos con nuestros colaboradores”**.

Lo que inicialmente comenzó como una incipiente entrada de laicos para apoyar a los Hermanos en la misión, en un primer momento tan sólo en la actividad asistencial, poco a poco se fueron integrando aquellos en tareas de gestión, cada vez en niveles de mayor responsabilidad.

Inicialmente se asumía un principio mediante el cual los colaboradores ponían su **“fuerza de trabajo”** más o menos cualificada en función de las necesidades, mientras que los Hermanos eran los **“custodios y salvaguardas del carisma”**. Las reflexiones sobre la **“alianza Hermanos y Colaboradores”** puestas sobre la mesa por quien fuera nuestro Superior General **Fr. Pierluigi Marchesi**, ya apuntaban hacia la superación de este esquema; en uno de sus escritos apuntaba con su peculiar profetismo:

“Debemos también reconocer que, en muchas obras, nuestros colaboradores van mucho más por delante que nosotros, y no sólo profesionalmente” (Marchesi, 1986, p. 64).

Hoy este planteamiento ya ha dado un giro considerable. Desde la reflexión que la propia Iglesia ha ido haciendo sobre el papel de los laicos dentro de la misma (Christifideles Laici), y desde la reflexión sobre la identidad y misión de la vida religiosa, amén de las circunstancias sociológicas ya descritas más arriba, nos llevan a plantear el concepto de **“Familia Hospitalaria”**.

Concepto todavía no suficientemente clarificado, a día de hoy más generador de preguntas que de respuestas, pero que en todo caso nos habla de un camino hacia una nueva dimensión en la que el carisma del Fundador podrá y deberá ser vivido, recreado y compartido en la misión por los diferentes grupos humanos que se integran dentro de la Institución: religiosos

consagrados, laicos, personas que profesan otra religión, otras personas no creyentes pero enamoradas del mismo...

Nuestros colaboradores, especialmente los laicos cristianos -aún cuando no sólo- están llamados a ser motores de dicho proceso carismático. No pueden ser ya considerados como simple **“fuerza de trabajo”**; también ellos han de ser sujetos activos en la articulación del carisma y los valores que de él se desprenden.

“Los laicos no son sólo un auxilio para mantener las obras en situación difícil; son personas llamadas a dar forma nueva a un carisma que quizá estaba envejeciendo. Ellos nos descubren otras dimensiones del carisma, lo reencarnan, hablan de él de otra manera, ven otras dimensiones, lo reencarnan” (Secondin, 2001, p. 8).

Quien fuera asimismo Superior General de la Orden, **Fr. Donatus Forkan (2006-2012)**, continuó en este proceso de reflexión que suponía la inclusión de nuestros colaboradores en lo que él denominó la **“Familia Hospitalaria”** que, como ya hemos señalado implica todo un camino no exento de dificultades, pero que apunta hacia la integración de Hermanos y Colaboradores en pie de fraternidad a la hora de compartir y promover el carisma y los valores de la Orden.

“Los Hermanos comprendieron que la Orden no tiene “derechos de autor” sobre Juan de Dios, ya que él no es nuestro. Es de la sociedad, de la Iglesia, y tampoco la Hospitalidad pertenece sólo a los Hermanos, ya que los laicos también comparten la ‘Hospitalidad de Juan’ y aportan sus propios dones, talentos y competencia profesional, lo que enriquece el gran don de la

LH n.309

Hospitalidad que nos ha concedido el Señor... Tanto el colaborador como el Hermano, al haber recibido el don de la Hospitalidad, se convierten en hermanos y hermanas en la hospitalidad, unidos en la misión” (Forkan, 2009, p. 23).

Todo este estado de cosas desemboca en una situación en la que se hace absolutamente necesario diseñar todo un plan de fijación, en un primer momento, y posterior transmisión de los valores en los que se fundamenta el carisma de Juan de Dios.

La envergadura que ha adquirido la Institución, y el papel desempeñado dentro de la misma por Hermanos y Colaboradores hace ineludible este proceso.

Lo que a lo largo de siglos se vivió de forma casi exclusiva por los religiosos, ya que tan sólo ellos eran los protagonistas de la misión; lo que más tarde se pudo transmitir por medio del testimonio de estos mismos religiosos en medio de un colectivo de laicos que paulatinamente se iban incorporando, hoy ya exige un plan de transmisión de valores, concreto, riguroso y exigente.

“La necesidad de transmitir los valores de la Familia Hospitalaria de S. Juan de Dios a nuestros colaboradores surge del aumento del número de servicios y del consiguiente aumento del número de colaboradores. Por tanto, la formación de los colaboradores es una cuestión sumamente importante para el futuro de la Orden y de su misión...” (Forkan, 2009, p. 35).

No hacerlo nos incapacita como seguidores de Juan de Dios, y nos invalida como gestores de su obra y, por ello, incapacitados para exigir a quienes hoy integran la misma la mínima

coherencia con el espíritu que él nos transmitió y con el estilo asistencial que de él nació.

4/

“Estos son
nuestros valores...”
(y si no les gustan...
no tenemos otros)

Las diferentes Provincias de la Orden fueron implicándose a lo largo del tiempo, cada una con su estilo y con su ritmo, en esta transmisión de valores. Para ello lógicamente cada una hizo un esfuerzo por plasmar lo que ella consideraba que eran los valores que mejor recogían el espíritu y la obra del Fundador.

De ello se derivó que cuando se comenzó a trabajar a nivel tanto de la Orden -en su Curia General- como desde la colaboración entre diversas Provincias se observó que, por extraño que pareciese, existían listados con valores distintos. Al menos en su enunciación. El valor Hospitalidad era recogido por todos los elencos, pero a continuación surgía una lista de valores propia que se diferenciaba de las de las “otras Provincias”, al menos en alguno de ellos.

¿Tiene la Orden diferentes valores dependiendo de dónde está radicada? Esa podría ser la gran pregunta. Pero claramente su respuesta es negativa. La Orden tiene los mismos valores. Pero, bajo mi punto de vista, todo este proceso secular que he tratado de señalar desde el Fundador hasta nuestros días, este camino desde el “santo carismático” hasta la Institución y el enorme crecimiento actual de la misma, ha conllevado el que en la reflexión sobre la identidad de la misma se hayan acuñado con nombres

diversos lo que en la práctica es un mismo proyecto de servicio y que genera un estilo asistencial semejante.

Y también, por qué no, el que se hayan subrayado según las sensibilidades de las diferentes culturas en las que se halla presente la Orden, según la dedicación preferencial de la actividad de las diferentes Provincias, etc.

Hay Provincias en las que el peso de la asistencia recae en la atención a los enfermos mentales, otras a los discapacitados... Todo ello genera un entorno de conocimiento, reflexión y sensibilidad que lleva a remarcar unos aspectos axiológicos más que otros.

Pero Curia General, estimo que con buen criterio, apeló a un proceso de unidad, también nominal, a la hora de unificar criterios, conceptos, valores. Si se quería incidir verdaderamente en un trabajo cualitativo en la dirección y gestión en sus diferentes niveles -también desde Roma- resultaba inexcusable comenzar por adecuar y uniformar lenguajes.

Recuerdo que se postulaba la creación de una Escuela de Hospitalidad a nivel de toda la Orden, se trabajaba en el diseño de herramientas que pudieran evaluar el peso carismático de nuestras obras, la “gestión carismática”... Todo ello exigía este camino de ir acercando procesos, criterios y, también, lenguajes.

Es por todo ello que en un momento determinado la propia Curia General determina concretar el número y la identidad de los valores que constituyen el armazón axiológico de la Institución. Son estos: Hospitalidad, Respeto, Responsabilidad, Calidad y Espiritualidad.

Los valores que en ese momento asumía como propios nuestra Provincia eran estos otros: Hospitalidad, acogida, solidaridad, respeto y profesionalidad. Como antes he indicado no varían -no podrían hacerlo- en su contenido con los que Curia General propone. Manteniéndose los de Hospitalidad y respeto, no resulta forzado

el reconocer que la acogida y la solidaridad constituyen parte de la propia definición de la Hospitalidad; y, por otra parte, el valor de la profesionalidad se integra plenamente en el contenido de los valores de calidad y responsabilidad.

5/

Unas breves pinceladas
sobre algunos
de nuestros valores.

5/1

Hospitalidad.

Desde siempre había considerado personalmente que la Hospitalidad no era un valor más de nuestra Institución, junto con los otros. Incluso, enténdaseme bien, ni el más importante. Es otra cosa.

Y así lo defendí siempre en los foros en los que, dentro de la Orden, tuve la oportunidad de participar; uno de ellos organizado por Curia General en Granada.

Para mí, la Hospitalidad es algo más, otra cosa, no siempre fácil de definir. Es como un referente de valor desde el que emergían todos los demás y hacia el que confluían, en viaje de vuelta, todos ellos.

Los coloreaba, les daba un profundo matiz de especificidad que hacía que, teniendo todos ellos una dimensión inherente de universalidad, su vivencia desde la Hospitalidad les diera un sello de distinción.

Como elementos pedagógicos que me aclaraban personalmente lo que yo pensaba y quería

LH n.309

transmitir, me apoyaba en dos referentes muy distantes entre sí, pero que personalmente me resultaban muy clarificadores.

Uno de ellos es la explicación que en su día se me dio cuando, en etapa formativa de la Orden, estudiábamos los votos que nos disponíamos a profesar. Y se nos indicaba que la Hospitalidad impregnaba de espiritualidad específica la vivencia de los otros votos: castidad, pobreza y obediencia.

“La castidad, teniendo el mismo contenido material en cuanto compromiso, no puede ser vivida de la misma forma por un Hermano hospitalario que por un jesuíta o por un franciscano”,

se nos señalaba.

“La castidad hospitalaria nos tiene que abrir el corazón para acoger a los enfermos y necesitados como nuestra nueva y propia familia; nuestras manos han de ser ‘manos acariciadoras’ de los rostros sufrientes, marginados, desfigurados...; esos rostros que no tienen otras manos que los acaricien”.

He de reconocer que para mí fue una lección que siempre recuerdo y que me acompaña a lo largo de toda mi vida religiosa.

El otro referente, al que anteriormente hacía alusión, era de procedencia muy distinta e, inicialmente, sin nada que ver con el tema que nos ocupa. Pero para mí resultó también una ayuda importante a la hora de situar la Hospitalidad como “amalgama, cemento” de todos los demás valores. Se trataba del concepto de “paradigma” que Thomas Kuhn, señero filósofo de

la ciencia del pasado siglo, acuña en su libro “La estructura de las revoluciones científicas” (1962). Insisto, es una aportación procedente de un mundo distinto al que estamos valorando, pero que cuando lo leí enseguida lo transporté a la interpretación de mi personal forma de entender la Hospitalidad.

Es, efectivamente ésta, un paradigma que, en cuanto tal, otorga un sentido especial al resto de los elementos que se integran en el mismo. Fuera de él dichos elementos tienen su propio contenido pero pueden tener otra interpretación, no contraria, pero sí diversa.

Es ese “algo distinto” que tantas veces se nos indica que especifica a nuestras personas, a nuestros centros y obras... Ese punto de identidad que no nos hace mejores ni peores, sino distintos. Frecuentemente, en mis clases o charlas, suelo recalcar este punto por cuanto lo considero esencial en nuestra forma de identificarnos como Institución. Trataré de explicarme mejor.

Resulta familiar el resaltar nuestras virtudes confrontándolas con los defectos del vecino. En plan totalmente caricaturesco, pero con fondo de realidad, podríamos describirlo así, más o menos:

“Nuestros centros tienen unas instalaciones limpias y modélicas, el trato es humano y personalizado, nuestros profesionales tratan de forma educada y cercana a los enfermos y sus familias...; sin embargo, “los otros” tienen unas instalaciones abandonadas y sucias, el trato es absolutamente despersonalizado, los profesionales se relacionan con los enfermos como números...”.

Así las cosas, podríamos afirmar que nuestra identidad se basaría en las deficiencias de los demás. Cabría decir que, de alguna forma, “necesitamos que los demás sigan con ellas”

Nuestra identidad no nace de lo que les falta a los otros, sino de lo que no es propio y eso, precisamente eso, es la Hospitalidad

para ser nosotros lo que somos. El día que los otros centros estén limpios, sean eficientes, humanos, que presten una atención integral, nosotros nos diluimos con ellos, habríamos perdido nuestra razón de ser.

Y este es, bajo mi punto de vista, un planteamiento perverso. La Orden Hospitalaria no tendría que propugnar que sus centros fuesen los mejores en un contexto de deficiencias y fallos; tendría que luchar por ser “ella”, es decir, distinta, HOSPITALARIA.

Y por ello, que los demás vayan siendo cada vez más humanos, más cercanos, más eficientes, no debería constituir “peligro” alguno para nuestra identidad, sino una sensación de gozo y alegría al sentirnos colaboradores con ellos en un servicio al enfermo y necesitado cada vez más cualificado. Nuestra identidad no nace de lo que les falta a los otros, sino de lo que nos es propio, y eso, precisamente eso, es la HOSPITALIDAD.

5/2

...Y espiritualidad.

Renuncio a abordar el resto de los valores señalados por Curia General. Considero que son suficientemente universales como para poder acceder a su descripción y desarrollo sin mayor dificultad. Respeto, Calidad y Responsabilidad que, indudablemente, han de poseer asimismo un color, un aroma proveniente de la Hospitalidad tal y como he indicado con anterioridad.

La Espiritualidad, que inicialmente, debiera ser un valor inexcusable en la prestación de cualquier atención y servicio a la persona enferma o necesitada, fuese en el contexto asistencial que fuese, adquiere para nuestra Institución una importancia primordial. Tanto por la condición de la persona que recibe nuestra atención como por quien la ofrece.

Ante todo cabe precisar el marco en el que nos movemos cuando hablamos de Espiritualidad;

al menos, en un primer momento, hay que separarla de lo que de forma casi automática se suele asociar, es decir, los valores religiosos, en definitiva el hecho religioso.

El Prof. Diego Gracia, con su habitual maestría, lo describía de forma bien pedagógica en la ponencia que tuvo en las IX Jornadas Nacionales de la SECPAL (Sociedad Española de Cuidados Paliativos):

“La espiritualidad en la práctica clínica: su fundamentación y su espacio entre la psicología, la religión y la bioética”.

Tras deslindar claramente lo que son valores instrumentales -propios de todos los instrumentos, son medios al servicio de algo distinto de ellos mismos-, de los valores intrínsecos -cuyo valor no está en referencia a otra cosa, sino a sí mismos-, señala:

“Lo que hoy pueda entenderse por espiritualidad ha de referirse, necesariamente, al cultivo de los valores intrínsecos.

La espiritualidad no puede consistir en el disfrute de los valores instrumentales sino de los intrínsecos.

Y dentro de estos, de unos determinados. Hay distintos tipos de valores intrínsecos. Hay unos valores intrínsecos que se llaman materiales, porque cualquier cosa que tenga materia es soporte adecuado de ellos.

El ejemplo paradigmático es la belleza. Todo lo que tiene materia es bello o feo, más o menos bello o más o menos feo. Otros valores, por el contrario, no pueden soportarlos más que los seres vivos. Son los llamados valores vitales.

LH n.309

Estos son los más propios de las profesiones sanitarias, la vida, la salud, el bienestar. Y hay otros, finalmente, que sólo se dan en esos soportes peculiares que somos los seres humanos. Estos se llaman valores personales, valores espirituales o valores culturales.

Entre ellos están los valores jurídicos (justo-injusto), los valores sociales (solidario-insolidario), los valores lógicos (verdadero-falso), los morales (bueno-malo), los religiosos (santo-profano), etc. Son los valores constitutivos de lo que solemos llamar “cultura” o “vida del espíritu”.

Estos son los que hoy pueden dotar de contenido al término “espiritualidad”. Se trata de vivir en profundidad estos valores, los más elevados dentro de la escala de valores intrínsecos, y aquellos que dotan de verdadera identidad a los seres humanos” (Gracia, 2011).

Es decir, la Espiritualidad constituye uno de los valores intrínsecos que pertenecen a todo ser humano. Son ellos los que forman el armazón de sentido de todo hombre.

Otra cosa es que de la misma forma que hay muchas personas que son muy pobres en “valores instrumentales”, las hay que su pobreza se sitúa precisamente en la falta o escasez de “valores espirituales”.

En esta línea, aun cuando argumentando desde otra lógica, el Papa Francisco señala hoy -en su Mensaje para la Cuaresma 2014- la existencia de tres tipos de miseria: la material, la moral y la espiritual. Y resultaría hoy quizá un ejercicio sorprendente analizar qué tipo de “miseria” es hoy la más extendida en nuestro entorno. Francesc Torralba recoge en la portada de uno de sus libros una contundente afirmación que había ya sido recogida en una entrevista en un diario de divulgación nacional: “Vivimos en un desier-

to espiritual”. En este sentido me parece muy sugerente volver de nuevo al magisterio de Diego Gracia cuando deslinda el concepto cultura del de civilización.

“Las sociedades, lo mismo que los individuos, pueden optar por un tipo de valor o por el otro. Al conjunto de valores intrínsecos de una sociedad cabe denominarlo con la palabra “cultura”, en tanto que al acervo de sus valores instrumentales le cuadra más el nombre de “civilización”. Hay épocas de gran cultura y pobre civilización, y viceversa.

La nuestra, a partir del siglo XVIII, es claro que optó por esto último. Es una profunda perversión axiológica. Los valores intrínsecos son, sin duda alguna, los más importantes en la vida de las personas.

Cuando los valores instrumentales se convierten en los máximos y casi en los últimos, entonces lo que es mero medio se transforma en fin. Es lo que los pensadores de la Escuela de Francfort han bautizado con el nombre de “racionalidad estratégica”.

Como no podemos vivir sin valores, y más en concreto sin valores intrínsecos, la racionalidad estratégica consiste en convertir los valores medio en valores fines. El fin, por tanto, es desarrollar instrumentos técnicos.

Cuando los medios se convierten en fines, de modo que todo puede comprarse y venderse, entonces el valor intrínseco que se promueve es prácticamente sólo uno, el “bienestar”. Es lo propio de nuestra cultura. Vivimos en una cultura de bienestar. Y nuestra medicina es también una medicina de bienestar” (Gracia, 2011).

En este contexto considero que ha posicionarse, como punto de partida, el abordaje de la espiritualidad en nuestra Institución.

En el “desierto espiritual” que nos toca vivir, tal y como nos señalaba Torralba, hay que crear pequeños oasis desde el que acercarnos a tantas personas que, marcadas por la enfermedad o la exclusión, se encuentran además ayunas de un marco existencial de valores en el que, si no abandonarse, por lo menos poder contrastar la difícil realidad que les corresponde vivir.

El mundo de los sentimientos, de las emociones suele ser en este ámbito el vehículo mediante el que, a borbotones, va emergiendo el estupor, la búsqueda, la pregunta por el sentido...

De ahí que el trabajo interdisciplinar sea un elemento insustituible para el acercamiento adecuado a una realidad de asistencia integral como la que nos hemos marcado como objetivo en la Institución.

Estoy convencido que psicología y pastoral tienen aquí un reto para compartir desbrozando campos de análisis y de intervención, deslindando responsabilidades e integrando conocimientos y objetivos asistenciales.

Considero que es una fina línea la que separa ambas disciplinas, pero que existe. Desconocerla nos lleva frecuentemente a ejercer un intrusismo que no siempre -creo que nunca- favorece a la persona a la que atendemos.

Anteriormente he afirmado que la Espiritualidad debería de ser nuestro punto de partida. Y no pocas veces será el punto de llegada puesto que nuestro acercamiento a la persona no nos ha posibilitado un mayor recorrido.

Y ello no será poco si realmente lo hemos hecho bien. Pero considero que nuestra propuesta ha de apuntar más allá. Ha de ser fiel a la propuesta vital de Juan de Dios: la experiencia, como señala el profesor Torralba, de “sentirse acogido por Dios”.

“La experiencia matriz de la hospitalidad juandediana radica en el hecho de sentirse acogido por Dios” (Torralba, 2011, p. 170).

Ello le da hondura, profundidad, grandeza a su propuesta. En términos coloquiales diríamos que le ofrece “mayor fondo de armario”. La acogida de Juan de Dios aspira a transmitir a sus huéspedes la acogida de Dios a todos y cada uno de los hombres en nuestra situación personal, sea la que sea.

Acogida de Dios ofertada a tantos hermanos que, junto a su situación de máxima vulnerabilidad, sea ésta física, social, o psicológica, descubren su vulnerabilidad no menos profunda a nivel espiritual y, por qué no, a nivel religioso.

Tantas personas que abandonaron en su tiempo la fe, o la archivaron en el armario de los recuerdos de infancia y juventud y que, ahora, ante los golpes que nos proporciona la vida, se pregunta, busca, niega y frecuentemente reniega, aspira, siente nostalgia...

Cercenar la Hospitalidad juandediana en un marco puramente espiritual sería traicionar el Espíritu que animó su ejercicio en nuestro Fundador. Como también sería traicionarle el pretender utilizar nuestro servicio hospitalario como un ejercicio burdo de manipulación religiosa, de descarado proselitismo. Juan de Dios, porque fue un hombre marcado por la libertad evangélica, nunca escondió su fe en Dios; siempre se preció de ella, a pesar de “mis muchos pecados”.

Pero, y precisamente por ello, nunca invadió la conciencia de los demás sino al contrario ejerció generosamente su Hospitalidad a favor de personas de otras creencias en un contexto en el que ello podía implicar el riesgo de la propia integridad (Inquisición). La gran característica de la Hospitalidad en Juan de Dios es

LH n.309

la universalidad. De ahí que la misma pueda ser vivida y compartida por personas de diversas culturas, creencias, épocas....

“...En este sentido, Juan de Dios representa la universalización del valor de la Hospitalidad. Partiendo de u nos orígenes religiosos y culturales, la Hospitalidad juandediana tiene una vocación de carácter universal que encuentra afinidades en universos religiosos conceptualmente muy alejados del cristianismo” (Torralba, 2011, p. 169).

Pero tal característica -su universalidad- que hace tan grande y susceptible de ser compartida dicha Hospitalidad, no puede esconder la especificidad con la que el santo la vivió y que, precisamente por ello, la hace tan universal.

La referencia vital de Juan de Dios es “sólo Dios” en quien confía, por quien madruga, a quien sirve en sus hijos... Un Dios Padre que nos acoge y nos ofrece la Hospitalidad de su Casa que, en Jesús, es ya también nuestra.

Interpretar la Hospitalidad de Juan de Dios sólo en clave religiosa cristiana sería mutilar la fuerza expresiva y creadora de la misma; prescindir de la dimensión espiritual y religiosa de ella sería traicionar la hondura del carisma que movió a Juan de Dios y que éste nos dejó en herencia.

Bibliografía

- ▶ **FORKAN, D. (2009).**
El rostro de la orden cambia: reflexion [carta]. Roma: Curia General.
- ▶ **GRACIA GUILLEN, D. (2011, mayo).**
La espiritualidad en la practica clinica. *Comunicación presentada en el Congreso de la Secpal, Mallorca.*
- ▶ **MARCHESI, P. (1986).**
La hospitalidad de los Hermanos de San Juan de Dios hacia el año 2000 [carta]. Roma: Curia General.
- ▶ **TORRALBA, F. (2004).**
No olvidéis la hospitalidad. Madrid: PPC.
- ▶ **TORRALBA, F. (2011).**
Inteligencia espiritual. Barcelona: Plataforma Editorial.
- ▶ **SCHELER, M. (2004).**
El puesto del hombre en el cosmos. Madrid: Losada.

